

**Gonzalo Cáceres y  
Francisco Sabatini (Editores).  
Barrios cerrados en Santiago de Chile:  
entre la integración y exclusión social.  
Santiago: Lincoln Institute e Instituto de Geografía, Pontificia  
Universidad Católica de Chile, 2004. 307 p.**

HUGO ZUNINO E.<sup>1</sup>

Una primera disquisición que surge al leer este libro son las amplias posibilidades para estimular un dialogo interdisciplinario entre sociólogos, historiadores y geógrafos, entre otros campos disciplinarios. Particularmente para nosotros los geógrafos – que hemos hecho del espacio (“abstracto” y “real”) el objeto de nuestro quehacer intelectual – resulta estimulante que sociólogos (que conforman la gran mayoría de los autores de la colección en comentario) aborden fenómenos espaciales, como lo es la producción (y consumo) de barrios cerrados, tema que ha sido profusamente estudiado por geógrafos nacionales, europeos y anglosajones. Al mismo tiempo, representa un llamado de atención a los geógrafos para mantenerse prestos para responder a los desafíos epistemológicos y metodológicos que se alzan y preparados para asumir un liderazgo intelectual en temas relacionados con la producción social del espacio geográfico. Dado que por razones de espacio (“real”) resulta imposible ofrecer una visión pormenorizada sobre cada uno de los artículos de la colección, se ha optado por examinar tres grandes ejes temáticos y ofrecer comentarios generales sobre algunos trabajos. Estos son: cuestiones epistemológicas, aspectos metodológicos y la naturaleza del fenómeno de la producción de barrios cerrados. Estos tres grandes ejes estructuran la discusión que a continuación se ofrece.

La relación entre fenómenos sociales y espaciales ha sido materia de profundo análisis y debate escolástico desde hace décadas. La colección editada por Gregory y Urry (1985) marca, desde mi punto de vista, un momento clave en el dialogo entre sociólogos y geógrafos, diferenciándose claramente posiciones que conciben el espacio como un mero producto de procesos sociales y aquellos que adoptan una posición en que procesos espaciales son centrales en la generación de estructuras sociales (véase también distinción que hace Sabatini entre procesos “esenciales” y los “reflejos” de dichos procesos). Siguiendo y tomando la postura de Dorren Massey (1985), si bien el espacio no es determinante, no se puede entender al espacio como algo neutro: el espacio, por ejemplo, resulta esencial para la continua reproducción del capital a través de la generación de jerarquías espaciales, oportunidades de localización, ventajas comparativas, etc. (véase también Harvey 1982, 1989). En la estimulante introducción de Sabatini y Cáceres se toca este aspecto, estableciendo una clara diferenciación entre hechos empíricos y conceptos, aseverando que “lo espacial” representa una “síntesis”, no necesariamente una fuerza o factor por sí mismo. Si bien esta aproximación al hecho urbano resulta útil para inferir explicaciones (teorías) sobre los cambios de las configuraciones espaciales, deja un tanto de lado, a mí entender,

<sup>1</sup> Geógrafo (PUCCh), Magister en Medio Ambiente y Asentamientos Humanos (PUCCh), Master en Planificación Urbana - Regional (Universidad de Arizona), Ph.D. en Geografía (Universidad de Arizona). Docente del Programa de Magister en Planificación y Gestión Ambiental, Universidad de Chile.

la relación dialéctica entre espacio y sociedad, lo cual lleva a entender la “aparición” de barrios cerrados como un “producto” y como dicho producto marca una diferencia con la configuración espacial precedente.

A pesar que Sabatini es claro en señalar que “la dimensión espacial es parte componente de la sociedad y no su simple manifestación externa” (p. 278), la dialéctica socio-espacial queda debilitada al asignar al mercado del suelo y a las racionalidades que allí operan una “gravitación principal”. Las fuerzas económicas pueden ser, sin duda, factores gravitantes, pero dilucidar su rol es materia de trabajos empíricos, no un punto de partida fijo. La cuestión de fondo es ¿De qué manera las dinámicas económicas son gravitantes?, ¿Cómo la configuración socio-espacial afecta la racionalidad económica?, ¿De qué forma factores extra-económicos juegan un rol en el comportamiento del mercado inmobiliario?. Con esto sugiero avanzar en considerar la interacción de un número de factores cuya combinación varía de lugar en lugar. Esto es, la dimensión horizontal de la geografía urbana (y la geografía humana en general).

Una de las recomendaciones centrales que Sabatini y Cáceres ofrecen es analizar los hechos (espaciales) empíricos a distintas “escalas geográficas”, siendo Cáceres, Sabatini y Arriagada persuasivos en mostrar cómo los resultados cambian según la escala de trabajo. Más allá de este punto metodológico reconocido explícita o implícitamente por geógrafos interesados en describir fenómenos empíricos, una amplia literatura sugiere que las escalas geográficas no son “dadas”, son socialmente construidas y cada diferenciación escalar que se construye para analizar un fenómeno dado está interrelacionada con una jerarquía escalar “hacia arriba” y “hacia abajo”, un continuo vertical (véase discusión contenida en Brenner, 2002; MacLeod y Goodwin, 1999; Marston, 2000). Así, el proceso de la expansión de los barrios cerrados no es simplemente una consecuencia de los factores macro-sociológicos “más esenciales” (cómo el funcionamiento del andamiaje económico), ni sólo un hito que marca el eventual nacimiento de un nuevo modelo de desarrollo urbano o un nuevo patrón de segregación social; es también un proceso en sí mismo, el cual cruza distintas escalas geográficas: el re-

sultado de procesos desarrollándose a escalas más generales (e.g., las necesidades que emergen constante reestructuración del sistema de acumulación capitalista) y a microescalas (e.g., el rol de los gobiernos locales, luchas entre intereses contrapuestos, la agencia individual de determinados individuos). Más aun, los barrios cerrados como un nuevo “artefacto de la globalización” (Hidalgo y Arenas, citando a De Mattos, 1999) no son inertes, son uno de los elementos (espaciales) que influirá sobre el desarrollo urbano en las próximas décadas. A esto denomino la dimensión vertical de la geografía urbana.

En lo que resta de esta discusión se analizarán algunos puntos de los distintos trabajos, a la luz de entender los barrios cerrados no tan solo cómo un “fenómeno”, sino también como un *proceso multi-escalar* con su dinámica propia. Este entendimiento no equivale a hacer desaparecer la distinción entre lo empírico y la teoría; tal como lo afirma Sabatini, no existe observación en ausencia de teoría. El punto que hago es que la distinción entre lo “observado” y lo “pensado” es necesaria dada nuestra condición de seres limitados en el tiempo y en el espacio: sólo podemos pensar después de haber observado (incluyo también aquí la imaginación). Es por esto que toda teoría requiere de un fuerte sustento empírico, y todo trabajo práctico esta cruzado por teorías y conceptos. Con esto quiero validar tanto los trabajos más inclinados hacia lo empírico, que nos permiten inferir procesos generales, cómo trabajos deductivos que requieren un sustento práctico para su validación.

En cuanto a la naturaleza de los barrios cerrados, tanto los editores como Arriagada entran al campo evaluativo/prescriptivo preguntándose si la aparición de barrios cerrados localizados tienen un efecto positivo sobre su entorno inmediato en términos de reducir el grado de segregación (a escalas más generales) y qué se podría hacer para guiar el proceso de cambio urbano en cierta dirección. Este ámbito es, sin duda, clave y crítico para posicionar a los estudios urbanos como una actividad comprometida con el desarrollo nacional. Los aportes de estos investigadores son muy importantes y el grado en que los barrios cerrados puedan repercutir sobre el entorno inmediato (el grado de permeabilidad de los barrios cerrados) es una línea de investigación que

parece necesario continuar y reforzar. En particular, encuentro recomendable explicitar tanto las condiciones macro-estructurales influyendo en la dinámica urbana así como la gama de agentes actuando a distintas escalas funcionales o institucionales, dándole expresión concreta y siendo los entes articuladores de los cambios urbanos. Mas allá, una cuestión esencial es evaluar cómo los agentes urbanos responden al cambio en la estructura de incentivos presentes a escalas más generales (véase Giddens 1979, 1984). En definitiva, son seres humanos actuando bajo las posibilidades y restricciones que impone un sistema social, que con sus decisiones construyen, destruyen y/o reconfiguran las geografías urbanas. Stockins, apunta, quizás inadvertidamente, en esta dirección al enfatizar que las urbanizaciones cerradas no son una consecuencia inevitable de la globalización sino que evoluciona por las formas particulares y concretas de los actores involucrados en la construcción de la ciudad.

Se desprende, de este entendimiento, que el potencial conflicto en la reproducción del espacio urbano esta siempre presente, como lo ilustran Hidalgo y Arenas al referirse a las disputas por la apropiación de espacios públicos y Stockins cuando especula sobre las consecuencias de la cercanía espacial entre grupos sociales diferentes. Las relaciones de poder en procesos de cambio urbano, constituyen, por tanto, un elemento central para comprender la constante reconfiguración del espacio urbano. Salcedo y Torres, por ejemplo, basándose en el trabajo de Michel Foucault insinúan que los barrios enrejados son una nueva forma de ejercitar el poder, la cual produce un conjunto de transformaciones (positivas y negativas) en el ámbito urbano. Si bien se concuerda con estos autores en entender los barrios enrejados como una estrategia para ejercer el poder, no hay que olvidar que estas estrategias están siendo posibilitadas por estructuras más generales y que existe una relación de mutua dependencia entre distintas escalas o ámbitos de acción. Esta dialéctica entre la microfísica y la macrofísica del poder es lo que Foucault entiende cómo la capilaridad de las relaciones de poder (Foucault, 1979), sugiriendo que acciones en el ámbito local siempre están conectadas con procesos más amplios, y que son acciones acotadas espacialmente las que le dan forma concreta a fenómenos globales.

Fernández, Salcedo y Torres hacen un aporte significativo para entender la construcción de barrios cerrados desde la perspectiva de los habitantes; cómo ven ellos su habitat y cómo le dan sentido a sus decisiones de localización. Sus conclusiones refutan investigaciones recientes y ofrecen una perspectiva de singular valor para comprender este proceso “desde abajo”. Asimismo, el trabajo de Salcedo insinúa que la “permeabilidad” y la “benevolencia” de los barrios cerrados es una pregunta que debe ser respondida en base a estudios empíricos, desafiando literatura más ideológica que estigmatiza esta forma de desarrollo urbano. Este trabajo viene a reformar la idea que los resultados del “enrejamiento” de Santiago no son fácilmente predecibles y en ellos intervienen factores operando a distintas escalas geográficas.

En síntesis, el libro en comento ofrece una recopilación de artículos de altísimo nivel, y podría marcar un punto de inflexión para un tratamiento más riguroso aún de temáticas tan centrales para nuestras ciudades como la expansión horizontal, gentrificación, el rol de los gobiernos locales, la reconfiguración espacial de la ciudad, etc. Quizás lo que más gratamente sorprende es la síntesis, el balance, entre trabajos empíricos y teóricos, cada uno de ellos de gran nivel y que aportan mucho desde su campo particular de acción. Con el interés de aportar en algo en futuras líneas de investigación, se ofrecen algunos posibles áreas de acción, las cuales se sustentan en los comentarios precedentes: el impacto de los gobiernos locales en las decisiones de los dueños del capital, el rol de los agentes individuales en la construcción de la ciudad, el ejercicio del poder y su relación con las condiciones macro-estructurales y la dialéctica socio-espacial.

## Bibliografía

BRENNER, N. The limits to scale? Methodological reflections on scalar structuration. *Progress in Human Geography*, 2002, n° 25, p. 591-614.

DE MATTOS, C. Santiago de Chile, globalización y expansión metropolitana: lo que existía sigue existiendo. *EURE*, 1999, n°76, p. 29-56.

FOUCAULT, M. *The history of sexuality. Volumen I: an introduction*. London: Guilford, 1979.

GREGORY, D. and URRY, J. (Eds). *Social relations and spatial structures*. Basingstoke: MacMillan, 1985.

GIDDENS, A. *Central problems in social theory: action, structure and contradiction in social analysis*. London: MacMillan, 1979.

GIDDENS, A. *The constitution of society: outline of the theory of structuration*. Cambridge: Polity Press, 1984.

HARVEY, D. *The limits to capital*. Chicago: The University of Chicago Press, 1982.

HARVEY, G. *The condition of postmodernity: an enquiry into the origins of cultural change*. Oxford: Blackwell, 1989.

MACLEOD, G. and GOODWIN, M. Space, scale and state strategy: rethinking urban and regional governance. *Progress in Human Geography*, 1999, nº23, p. 503-527.

MARSTON, S. The social construction of scale. *Progress in Human Geography*, 2000, nº 24, p. 219-242.

MASSEY, D. New directions in space. In GREGORY, D. and URRY, J. (eds). *Social relations and spatial structures*. Basingstoke: MacMillan, 1985, p. 6-18.